





LA MENNAIS



INDIFERANCIA



BT33

L3

v. 3

44867

008198

Ignacio



1080014808



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE RELIGION.

ENSAYO
SOBRE
LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

OBRA ESCRITA

POR **F. DE LA MENNAIS**, PRESBITERO,

Y TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

Por Fr. José María Taso de la Vega,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA, Y LECTOR EN S. FRANCISCO
DE LA OBSERVANCIA DE CADIZ.

REVISTA, COTEJADA, Y CONTINUADA SOBRE LA
OCTAVA EDICION

POR **DON J. M.**,

DOCTOR TEOLOGO DEL GREMIO Y CLAUSTRO DE LA
UNIVERSIDAD DE ALCALA.

Impius, cum in profundum venerit... contemnit.
Prov. XVIII, 3.

TOMO TERCERO.

Al publicar esta nueva edición
Ensayo sobre la indiferencia
por discusiones suscitadas por
vira. 22
a la

PARIS,

MEJICO,

LIBRERIA DE ROSA.

LIBRERIA DE GALVAN.

1835.



00319
44867

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BT 33

L3

V. 3

ENSAYO

LA INDIFFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION

OPERA POSTUMA

DE DON F. DE LA HENNAIS PRESBITERO

Y TRADUCCION DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

Por el Sr. José María Díaz de la Peña

DOCTOR EN SACRAMENTAL TEOLOGIA Y LICENCIADO EN LA FACULTAD DE CIENCIAS

DE LA UNIVERSIDAD DE CALZADA, Y CONTRIBUYO A LA REDACCION DE LA OBRITA

DEL DON J. M.

DOCTOR EN CIENCIAS DEL DERECHO Y LICENCIADO EN LA FACULTAD DE LEYES

Impreso en la imprenta de don J. M. de la Cruz, calle de San Juan, número 11, Madrid, 1887.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

44887



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

ADVERTENCIA

Estados. Los líquidos por años a varias fechas
cosas y explicaciones breves. Cuando se dan, en
comparación los hechos en la práctica, cuya forma es
adecuado.

ADVERTENCIA

SOBRE LA CUARTA EDICION.

comparación con otras ediciones de esta obra, que
adecuadas por ser sencillas y muy al alcance de
los que se enseñan en la práctica, y por que es el me-
jor material de estudio de los que se enseñan en la
práctica.

El presente es el texto de la cuarta edición de
esta obra, que ha sido revisada y corregida por
el autor, y no debe confundirse con la tercera edición
que se publicó en 1887, y que ya no se encuentra en
el comercio.

Al publicar esta nueva edición del segundo tomo del
Ensayo sobre la Indiferencia, no volveremos a entrar
en discusiones suscitadas por la publicación de esta
obra. El tiempo que todo lo juzga, porque pregunta
á la razón de todos, decidirá la cuestión tan vivamente
III.

IMPRESA DE
VALVERDE Y TELLEZ

agitada. Nos limitaremos por ahora á varias aclaraciones y explicaciones breves. Cuanto á lo demas, encontrarán los lectores en la *Defensa*, cuya lectura es indispensable, todo lo necesario para conocer cuantos vicios encierra la filosofia cartesiana, y convencerse del peligro á que nos expone esta filosofia, que es una de las que combatimos; y al mismo tiempo comprenderán con mayor facilidad el método que substituímos, por ser sencillo, y muy al alcance de todos los entendimientos, á la par que es un método universal, siendo el de la sociedad universal ó *católica*.

El método opuesto, es el de todos los enemigos del Cristianismo, de los hereges, deístas, ateos. Todos buscan en sí mismos la verdad, y no admiten como verdadero sino lo que parece tal á su razon particular. Y ¿cómo podría ser puntualmente el método de que se valen todos los que niegan alguna verdad, el propio para llegar á ella con certeza? ¿cómo sería capaz de conducir á la fe perfecta el método que encamina hácia el escepticismo? En último resumen, ¿qué hace uno en el hecho de admitir una cosa cualquiera por

la autoridad de su sola razon? Creer en sí mismo. Luego es siempre forzoso admitir una *creencia*, desprovista de toda prueba. Así, ¿dónde hay mayor fundamento en razon, mayor seguridad, en decir *creo en mí mismo* ó en decir *creo al género humano*? Dado caso de conflicto entre estas dos autoridades, ¿cuál deberá prevalecer, la vuestra ó la de todos los hombres? Si la vuestra, los demas hombres no se fundarán en razon sino cuando y en cuanto crean en vos: si la suya, no seréis razonable sino dándoles crédito, por ser su razon regla de la vuestra. En la necesidad en que estamos de tener una creencia, se debe escoger forzosamente. Y por todas partes llama el sentido comun *locura* á la preferencia que se concede á la razon propia sobre la de los demas; ¿de qué frase se vale uno para pintar á la tenaz estupidez, ó la loca terquedad del orgullo? *Este hombre á nadie da crédito mas que á si mismo*.

No se ha notado bastante la union que existe necesariamente entre la certeza y la infalibilidad. No es cierta una cosa que puede ser verdadera ó falsa. Cuanto afirma como verdadero una razon falible, puede

ser falso, y lo afirmado por ella como falso puede ser verdadero. Luego nada de lo que afirma una razon falible ó capaz de equivocarse, es cierto. Con que buscar la certeza, es buscar una razon infalible; y debe ser creida su infalibilidad, ó admitida sin pruebas, pues que toda prueba supone verdades ya ciertas, y de consiguiente la infalibilidad de la razon que las afirma.

Forzados á creer la infalibilidad de una razon, sea la que fuere, ó á renunciar de toda certeza, de toda verdad, ¿ á cuál supondremos infalible, á nuestra razon individual, ó á la de todos, que es la razon humana?

Caso de suponer cada uno su propio juicio infalible, vienen á ser igualmente verdaderos y ciertos los juicios mas opuestos, los pareceres mas contradictorios, y por consecuencia ya no existe ni verdad, tampoco error, no sabiduría, locura, bien ó mal: de donde se deduce que suponiendo la razon privada infalible, se destruyen y aniquilan la razon, leyes, deberes y sociedad.

Si suponemos, por el contrario, pertenece la infali-

bilidad á la razon humana, al instante todo renace: halla la razon individual ó privada un fundamento estable y una regla invariable; las leyes reasumen su autoridad, reconoce el hombre sus obligaciones y cobra mayor firmeza la sociedad, por haber vuelto el orden á establecer sus derechos. Y ¿ cuál es este orden? La misma naturaleza, es decir lo que ha sido, es, y será, bien á pesar de nuestros fútiles sistemas, errores y pasiones. Siempre darán los hombres crédito al testimonio, como lo hicieron hasta el día; siempre ha buscado su razon un apoyo en otra razon mas general y elevada, y no se podrá indicar un solo punto de la duracion de los siglos en que haya dejado la autoridad de ser el principio conservador de la fe y la verdad, el vínculo que une los espíritus, y la base de la vida del hombre.

Considerando todos los errores que siempre existieron en el mundo, se verá que se reducen todos á una misma cosa y es la negacion de la autoridad. Niega el herege la autoridad de la Iglesia, el deista hace lo mismo con respecto á la de Jesucristo y de todas las sociedades cristianas, y el ateo la del género humano

Acontece lo mismo en el orden político y aun en las ciencias; pues el loco que se piensa haber descubierto la obra grande, ó la relacion racional entre la circunferencia y el radio, no hace otra cosa que negar la autoridad peculiar de la ciencia, poniendo su juicio en mas que el de todos los hombres doctos.

Y si cada uno de los hombres que acabamos de citar, consiguiere á su principio que es no reconocer autoridad superior á la de su razon individual, la hace única norma de sus acciones; informada la sociedad del desorden de la inteligencia por el desarreglo de la voluntad, le castigará al instante como rebelde; ó le separará de la sociedad como un insensato, suponiéndole privado de razon por la invencible oposicion que manifiesta á la razon general. Y si sucede que un gran número de hombres, contagiados todos de esta enfermedad terrible, se rebelen contra la autoridad que imponia leyes á sus pensamientos y acciones; entonces no es un individuo sólo sino un pueblo *delirante*, quien presenta este lastimoso espectáculo; y no pudiendo ya nada detenerle ó resistirle, atormentado el Estado por

todos los desórdenes, todos los desastres, parece luego, si la desgracia ó una fuerza extraña, no reduce los espiritus á la obediencia.

Dios, en efecto, los ha formado para obedecer; y de tal modo es en ellos natural este sentimiento, que no viviendo sino por la fe, solo creen constantemente lo que les enseña la autoridad. Las sociedades modernas dan la prueba evidente de lo que decimos. Existe en su seno una raza de hombres, desconocidos á los siglos precedentes, y cuya reciente aparicion infunde tristeza y espanto, por lo mismo que da á conocer cuan agotada está la vida social y debil toda la razon humana. No son irreligiosos estos hombres, por el contrario sus pensamientos y deseos los impelen hácia la Religion, y con todo, algo les impide llegar á ella; faltanles las fuerzas, desfallecen, y no son capaces de una creencia firme é inalterable. Ven, miran, turbaseles la vista, y desaparece la verdad. Se les escapa la certeza, por mas esfuerzos que hagan para librarse de una penosa duda. Bien conocen las pruebas de la Religion; les parecen sólidas, y por lo menos no tratan de oponerles nada. Procede el desasosiego que

les atormenta de otra causa mas elevada. Un instinto vago les compele á indagar sin término; querrian pruebas de las mismas pruebas. Y efectivamente ¿qué es una prueba con respecto á nosotros? ¿qué otra cosa es mas que la conviccion de nuestro entendimiento? y ¿quién nos asegura de no poder equivocarse nuestro entendimiento cuando se juzga mas convencido? Dar crédito á la Religion únicamente porque está convencido nuestro entendimiento, es creerse á sí mismo. El autor de nuestra naturaleza no permite la perfeccion é imperturbabilidad de esta fe aislada. Tan inconstante como los pensamientos del hombre, no es ella tampoco para él mas que el sueño de la verdad, poco diferente de las ideas quiméricas que le alucinan sucesivamente; y por esto mismo nos llama Dios hácia la sociedad para que hallemos en ella un punto de apoyo, la seguridad y descanso del alma; nos precisa á reconocer lo incierto de nuestros fallos individuales; y no es otra cosa la duda que desconsuela á los infelices de que hablamos, sino un incesante testimonio de su debilidad é impotencia, que se da la razon á sí misma.

Sin embargo, nótese bien que esta impotencia y debilidad, siendo inevitable consecuencia de lo aislado de la razon, solo procede de la violacion de las leyes de su naturaleza, por quererse aislar. Cuando obedece á estas leyes, recobra todo su vigor; al volver á entrar en la sociedad se encuentra de nuevo consigo misma. Y no se crea que por depender de una razon mas elevada, se constituya inerte y pasiva. No, por cierto; no pierde ya por esto la razon la facultad de pensar, juzgar, ú obrar con arreglo al modo de accion que le es peculiar, así como ni el corazon la facultad de amar sometiéndose á las leyes que regulan sus afectos. Puede siempre buscar la verdad, hallarla; mas solamente está *asegurada* de haberla encontrado cuando se fortalece su juicio con el de una razon superior ó mas extensa; ya que Dios, al enriquecerla con sus dádivas, le ha negado la mas elevada entre todas, *la infalibilidad*. No ha querido perteneciese esta sino á la razon universal. ¿Cómo, sin ello, se hubiera podido establecer la sociedad? ¿Cómo podria subsistir? Para su posibilidad, preciso era fuese capaz el hombre de llegar á la certeza, y no lo pudiese por

si solo. Siendo infalible, en sí mismo lo hallaría todo y esto le bastaría. Reconcentrado en su orgullo, pasaría su vida entera en contemplarse y adorarse. Se trastornaría y tal vez aniquilaría el orden moral. Los ángeles mismos no eran personalmente infalibles, pues que un gran número de ellos pensaron poder vencer al Omnipotente; y dudo que ningún ser criado, y por lo mismo imperfecto necesariamente, pudiera evitar la suerte de estos espíritus altivos, si en efecto poseyese la infalibilidad. Su naturaleza se vería agobiada bajo el peso de esta prerogativa divina.

Mas si se quiere ver reunida la fuerza de la razon particular con sus límites, considérese á Bossuet, Descartes, Malebranche, Fenelon, Pascal, penetrando en lo profundo de los dogmas cristianos y recogiendo por decirlo así, cuantos rayos se desprenden aun de su santa obscuridad, á fin de que reunidos así puedan iluminar la vista mas débil. ¡Qué fuerza de discurso! ¡qué fertilidad! ¡qué sublimidad de alcances! ¿Qué otra cosa enseña mas patentemente la extension del entendimiento humano? Y con todo en la sola fe se apoyaban estos talentos gigantes, para elevarse á una

altitud tan asombrosa; y la autoridad, su juez y regla, sola les aseguraba el no extraviarse en el inmenso espacio por creer aproximarse al origen de la luz, y de no separarse, sin conocerlo, de estas verdades *ciertas*, cuyas consecuencias desenvuelven, al buscar las relaciones que las unen. Y por lo demas, todos podian equivocarse y en efecto muchas veces se equivocaron; y ¡no ha dicho Bossuet: « Apenas creo yo ver cuanto « veo, y tener lo que tengo, por haber hallado á mi « razon tantas veces errada ¹! » Con arreglo á esto, podemos muy bien, á lo que pienso, hacer todos, sin avergonzarnos, la misma confesion.

Réstanos dar cuenta de la nueva edicion de nuestra obra. Se han quejado varios de la falta que hacian algunas explicaciones necesarias, y ya hemos reconocido y confesado lo exacto de esta reconvenccion, en nuestra *Defensa*. Habiamos reducido con demasia lo que era menester tratar con mayor extension y ha sido con menoscabo de la claridad. Para cubrir, en cuanto po-

¹ *Sermon pour la Fête de tous les saints*, tom. I, pág. 70. edic. de Versailles.

demos, este defecto muy real, hemos ampliado el texto en muchos pasages y añadido un gran número de notas, bien para poner en claro lo que ha parecido obscuro, bien para mostrar por trozos sacados de varios Padres y otros escritores antiguos, no ser nuestra doctrina tan nueva como desde luego habia parecido á varios sugetos. Con mucha facilidad hubiéramos podido multiplicar las citas, pero hubiera sido un aumento casi inútil, además de hallar estas, al menos las de mayor importancia, su lugar propio en el siguiente tomo.

Dos teólogos extranjeros, tan doctos como modestos, se han servido indicarnos, en el capítulo III de esta parte tercera dos pasages, donde la expresion no tenia toda la exactitud apetecible. Con razon suficiente nos han hecho notar que, hablando de la naturaleza divina, no bastaba fuese ortodoxo el pensamiento; sino que en una materia tan elevada; y donde era tan peligroso el error mas leve, se debia cuidar especialmente de no separarse en modo alguno del lenguaje teológico adoptado, que es como la salvaguardia de la pureza del dogma. Hemos corregido las frases que ha-

bian motivado observacion tan cuerda, y gustosos ofrecemos aquí el tributo de nuestra gratitud á los varones respetables, que por sus sabios consejos, nos han auxiliado en nuestra propia correccion.

PROLOGO.

Dos años ha, que se publicó la primera parte del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religion*. El favor que mereció del público, manifiesta hasta qué punto reconocen los pueblos la necesidad de la verdad, y lo fácil que sería res-

tablecer su imperio, si los gobiernos facilitasen este feliz movimiento de los talentos, si apreciassen su fuerza, y si tuvieran fe del poder que Dios les ha dado.

Pero por el contrario, se creen mas endebles que todos los errores y que todas las pasiones. Tienen buenos deseos, pero les falta la voluntad. El poder siempre irresoluto y temeroso, pide al pueblo gracia, como si no supiera que nunca la concede este. El poder real descende algunos escalones por miedo de que no le arrojen precipitado, y se le ve por todas partes haciendo su postrer disposicion testamentaria. ¡ Ah! hubiera podido muy bien excusarse este último cuidado; pues no tiene ya esperanzas de que hacer legado.

Se ha pensado en nuestros dias consiste el arte de gobernar en tomar el medio entre el bien y el mal, en negociar con las opiniones y en transigir con el desórden. Partiendo de aquí, no hay ya principios ciertos, máximas ni leyes fijas, y

como no hay nada estable quanto á instituciones, tampoco hay nada decretado quanto á pensamientos. Todo es verdadero y todo falso. Está destruida la razon pública, fundamento y regla de la razon individual. ¿ Quién puede decir estas son las doctrinas de los gobiernos, estas son las creencias de los pueblos? No se percibe sino un caos de ideas enteramente discordes; en los pueblos un estado de violencia, y en los soberanos otro de flaqueza, presagios todos de un siniestro porvenir. Tan pronto se hace sensible la necesidad de la Religion y se la protege; tan pronto se dejan oír los gritos furiosos de sus enemigos, y entra la prisa por excluirla de las leyes; y se reniega de Dios como de un aliado que avergüenza por el hecho de adoptarle como tal. Si el Estado declara que es católico, los tribunales le deciden ateo. ¿ Qué se debe creer en medio de tales contradicciones? ¿Cuál es el efecto que deben producir ellas en el pueblo? Los buenos están